

PRIMERA PARTE

EL GATO Y EL ORIGEN

Sonó un golpe seco y, a continuación, se oyó un chirrido como el de un tenedor en un plato de loza. El gato, magullado, dilató sus pupilas, irguió el rabo, sacó sus garras pero, en lugar de hincarlas, salió despavorido hasta perderse por el lado contrario del muro al que había trepado. De nuevo el niño correteó con un palo de madera entre sus manos —parte del respaldo de alguna vieja silla del desván— con la intención de partirle el espinazo mediante un nuevo mandoble.

«Hay cosas que es prudente nunca hacer, si se quiere evitar ser víctima del mal propio», dijo Hess a su hijo Erhard, mientras el pequeño de nueve años jugaba en el patio de la casa de Múnich a propinar garrotazos a otra cría salvaje que se había colado por el portón. Erhard miró atónito a su padre sin comprender del todo el porqué de la reprimenda ni su trasfondo.

Treinta años de contradictorias creencias y de continuados errores tardaría en descubrir lo certero de aquellas palabras, que apenas le hicieron vacilar en su siguiente golpe al felino.

Erhard Hess Kersten era el único descendiente de Hess Kersten —un distinguido jurista miembro de la alta burguesía de

Múnich, cuya reputación le valió los mejores honores— y de Magda Hager —una dulce alemana de rasgos angelicales, además cauto y decadente elegancia, propia de sus orígenes aristocráticos—. El inicio de su amor fue cálido y leal, ajeno a la convulsión política mundial que les rodeaba y en la que, sin embargo, estaban inmersos; pero se convirtió paulatinamente en un sentimiento frío y cargado de tensión, como la Alemania que se avecinaba.

Los estragos de la Gran Guerra duraron años. Fue un periodo de intranquilidad generalizada. El desasosiego se enquistó en desesperanza. Nadie parecía poder escapar a aquella marea de zozobra. Las familias, más que células de la sociedad, eran mecanismos diferenciadores de clase. Una familia no era una familia; era un apellido. Un pasado. Los parados odiaban a los empleados; los empleados a los empresarios, y estos a su vez a los gobernantes. Las reparaciones acordadas en el Tratado de Versalles suponían un severo lastre para la economía alemana. El marco se devaluaba hasta carecer de valor como moneda de cambio, volviéndose al trueque. Individuos famélicos deambulaban por las calles haciendo palpable la miseria en la que se encontraba el país. Inflación, paro y hambre alcanzaron niveles desmesurados. La táctica adoptada para sobrellevar el día a día cotidiano consistía en sortear los hechos; obviarlos y continuar hacia adelante, con la misma rutina. Pero la realidad se imponía. Muertes, mutilaciones. Milicias y propaganda. Organizaciones clandestinas u oficiales, todas ellas destinadas a rememorar y vengar lo ocurrido disfrazándolo de nueva gesta.

En el hogar de los Kersten, como en otro cualquiera de la clase alta, los lujos se mantenían; quizá era lo único que les quedaba. Magda y Hess construían lo que el mundo destruía. Ella era el soporte moral que alimentaba el ego de un marido ambicioso, de creciente poder; una dulce calma para la tensión laboral. Hess definía a su esposa como un remanso de felicidad en el que aliviarse de la crispación política y, ante todo, una tierna madre capaz de aislar a su hijo de la penuria. Su papel quedaba relegado al de buena madre y compañera; el suyo, al de presti-

gioso jurista e incipiente inversor. Estas labores tan estancas apenas dejaban hueco a una pasión que se agostaba por el discurrir de los años.

Ambos se preocuparon de brindar una buena educación, rebotante de afecto e inquietud intelectual, al pequeño Erhard que, desde bien temprano, destacó por su ingenio y lucidez mental. Aquel niño lánguido, de cabello rubio como el sol, enormes ojos azules y abundante frente, era disciplinado. Y sensible, aunque nadie pudiese percibirlo. Parecía extremadamente educado, pero en realidad era muy tímido. Viva imagen de su padre, era el perfecto ario. Alto, tenía los labios finos, el rostro largo y un mentón hundido que, combinados con un rictus serio muy característico en él, le conferían un aspecto severo bajo el que no traslucía la pasión inculcada por su madre; una ternura distorsionada por la aridez emocional del cabeza de familia.

Con los años fue ganando en prestancia y elocuencia. Su carácter retraído se fue abriendo. Bromeaba con los mozalbetes de la callejuela de atrás, hasta lideraba pillerías que fortalecían su incierta autoestima y que le valieron algún tirón de orejas o tunda en el trasero que, de tan fuerte, lo dejaba baldado durante días. Sus rasgos, como su carácter, también se fueron suavizando. Ganaban en armonía, y su frente kilométrica menguaba, para agrado de su padre.

El abogado Kersten era un esteta social cuya obsesión consistía en purificar su progenie. Desde hacía años mantenía buenas relaciones con la familia Quandt, con quienes se reunía un par de veces por semana para celebrar unas tertulias exclusivas de varones, en las que se cocinaba chucrut y, al son de «Morgentlich Leuchtnnd im rosigen Schein» y de las pintas de Pilsener, se debatía con cierto pavor sobre la situación internacional y la constatación de la que ya era la primera guerra mundial. Una vez perdida ésta, sus encuentros devinieron en corros en los que casi todas las frases empezaban por «¿y si...?». Incluso ebrios de

cerveza, no aceptaban la derrota. Y lo que para cualquier otra sociedad habría sido motivo de tenue lamento, para ellos lo era de nítido rencor. También debatían sobre las costumbres y la historia alemanas a partir de artículos del «Völkischer Beobachter» o «El boletín», como habían bautizado al periódico editado por la red bávara de Thule, sociedad elitista y de restringido ingreso a la que pronto estarían muy vinculados. A estas veladas eran con frecuencia asiduos el Dr. Willibald Hentschell, quien pocos años atrás había fundado la Sociedad Mittgart con el objetivo de renovar la raza alemana e invertir el flujo de personas que emigraban del campo a la ciudad, y Werner Fach, socio de Hess, un hombre minúsculo de talla, compensada por un carácter tan grueso como el diámetro de Theo Duisburg.

—Queridos amigos, ¡tenemos que ser Bonaparte! —irrumpió Duisburg, otro de los usuales tertulianos, muy amigo del anfitrión Quandt. Su aspecto algo hosco y rudo le hacía perder interés para los demás, que veían en él a un nuevo rico sin cuna.

—¡Ja, ja! —rompió a reír su amigo Werner—. No aspiras a nada...

—¿Acaso creéis que es casualidad que Nietzsche lo convirtiese en su héroe? El superhombre de Nietzsche era capaz de conquistar y dominar a las masas, al mundo, al destino, ¡a sí mismo! Y ese era Napoleón. Nietzsche nos ha desvelado el secreto para dominar... ¡y ahora nosotros debemos conseguir a ese superhombre! —expuso Duisburg con orgullo.

—Sí... ¿pero cómo? No es fácil. La teoría está muy bien, pero no deja de ser sólo eso: teoría —replicó Fach.

—¿Me lo preguntas en serio? ¡Llevamos discutiéndolo meses! Siguiendo las teorías de Nietzsche. ¡Tan sencillo como eso! —gritó al tiempo que propinaba un golpe en el reposabrazos de su silla—. Él proponía elegir a los mejores de la raza para la reproducción y prohibírsela a los inferiores; los judíos y los gitanos. La evolución no es otra cosa que selección.

»¡No podemos seguir así! Se reproducen como conejos. ¡Te los encuentras por todos lados y además controlan nuestro dinero! ¡Me irritan con sus usuras! ¡Nuevos ricos de mierda! Son

oscuros de piel y algunos huelen mal. Les rebanaría la cabeza a todos... La raza suprema es la blanca y su rama superior la aria. Mezclarnos con ellos nos envilece.

—¿Propones que nos reproduzcamos como sementales? —preguntó Werner con un sarcasmo que no ocultaba cierto pavor.

—No, querido Werner, sugiero que exterminemos a los que degradan la especie. Que los borremos del mapa como el carboncillo de la pizarra. ¡Zass! —dijo moviendo la mano a gran velocidad con la palma abierta, como si quisiera alcanzar una mosca con ella.

—Interesante. Alemania está llena de pensadores, pero no olvidéis que lo que nos ha hecho grandes a lo largo de nuestra historia es nuestra capacidad de hacer. Primero ser, después hacer. Para finalmente tener. Esa es la diferencia. Otros pueblos ansían tener haciendo lo menos posible. Nosotros no escatimamos esfuerzo. No creemos en nada que no cueste mucho trabajo... Quizá debiéramos asistir a una de las reuniones de la Thule. Un íntimo amigo mío me ha explicado las medidas que están adoptando y, creedme, saben lo que hacen. Tienen hasta un servicio secreto de espionaje infiltrado en los grupos comunistas —aseveró Fach.

—Sí, lo ha instaurado Dietrich Eckart y está consiguiendo grandes logros... —apuntó el anfitrión.

—Me parece interesante. He oído que sólo lleva en pie nueve meses pero que ha hecho una gran labor...

—No, amigo, operan desde 1912. ¿De dónde has sacado esa información?

—No sé... En cualquier caso, lo cierto es que se están ramificando y ya no sólo operan en Múnich. De hecho, de uno de sus brazos acaba de nacer la Sociedad Vril para intensificar las investigaciones científicas.

—Así es. La Thule es un gran proyecto. En agosto del año pasado, tras años de trabajo, Rudolf von Sebottendorff la fundó con Klaus Haushofer y tu amigo Dietrich Eckart —dijo Quandt con retintín mientras dirigía la mirada a Hentschell.

—Sí, lo sé —dijo éste.

—Lo sabes... ¿y no nos cuentas nada? —demandó Hess.

—¿Qué queréis que os cuente? Todos tenéis una idea clara de lo que es «la Sociedad».

—Bueno, no tan clara. Por mi parte lo poco que alcanzo a saber es que fue fundada en Berlín por unos compatriotas nacionalistas con el objeto de servir de círculo literario de la historia y las tradiciones alemanas. Si tú crees que es suficiente...

—Eso ha cambiado un poco —respondió con cierta molestia—. En estos momentos la acusan de ser fanáticamente anti-bolchevique y antisemita, lo que admito que me encanta. En cuanto a su campo de acción, se están extendiendo a Baviera. Lo esencial es que juegan un gran papel a favor de nuestra raza y en la lucha contra el comunismo —todos escuchaban con suma atención las palabras de su compañero—.

—Algunos se burlan de Sebottendorff porque no tienen claro si hace política o vudú. Se ha metido en un tremedal de difícil salida —apostilló Fach.

—Le malinterpretan. Es un hombre de profundas creencias religiosas —salió al paso Hentschell, de misa diaria—. La actual Thule busca soluciones al marxismo y la peste judía. Alemania es un motor poderoso, de fuerza sólo equiparable al peso inerte de su lastre. Hacen lo mismo que nosotros pero de manera más oficial.

—¡Ah! ¡Es eso, que son legales! Entonces deberíamos legalizarnos como una nueva sociedad o asociarnos a alguna de las ya existentes —apuntó Hess.

—Al parecer en sus filas se encuentran algunas de las cabezas más prominentes. Tanto sacerdotes, monjes cistercienses y miembros de la Orden del Temple como intelectuales y profesionales cualificados. Élite que pueden liderar un movimiento que aglutine a las clases más altas y a las más humildes como a un solo hombre. Una pirámide de piedra que no sea una tumba sino una escalinata hacia el cielo —adoctrinó Quandt—.

—Sólo faltamos nosotros, con nuestras tertulias y estos puros palmeros —añadió Hess mientras aspiraba una calada casi interminable.

—Y jóvenes. ¡Muchos jóvenes! Al parecer las mentes más lúcidas de las nuevas generaciones están incorporándose con fervor.

—Entonces, ¡asociémonos!

—No es tan sencillo, amigo mío. Hay un protocolo: debes recibir la invitación de uno de los miembros y, después, el resto somete a juicio tu candidatura. No olvidemos que están reivindicando los orígenes de la raza aria...

—¿Qué insinuas? Aquí todos somos distinguidos alemanes —replicó Hess indignado.

—Nadie ha dicho lo contrario. Y, por cierto, no es legal. Veo que tu necedad te ha impedido conocer que se trata de una organización clandestina. Se camufla como círculo literario dedicado al estudio de las costumbres y la historia de Alemania, aunque la realidad sea otra, bien conocida por todos.

—Estaba bromeando... —refunfuñó torciendo el cuello hacia abajo con cierta humillación—.

—No es tan sencillo. Aunque te conozcan quieren tu historial completo.

—Bueno, que yo sepa todos tenemos contactos... Y tú eres amigo de uno de los fundadores.

—Sí, pero ya no sé cómo decirte que examinan a cada uno de los candidatos. Nadie puede incorporarse sin pasar por una investigación que garantice que no hay rastros de sangre judía o gitana. ¿Lo entiendes ya o aún necesitas que te lo repita?

—Amigos, dejemos de discutir. No nos conduce a ningún sitio —apaciguó el anfitrión Quandt.

—A ver, ¿dónde se reúnen? —preguntó Hess resolutivo.

—En el hotel Vier Jahreszeiten.

—Querido amigo, entonces deberíamos utilizar tus influencias para intentar asistir a uno de sus congresos y ver qué se cuece —dijo Hess cordial mientras clavaba la mirada en su camarada. Wegner ni siquiera levantó los párpados. Impetuoso y visceral, se había sentido agraviado y no parecía dispuesto a perdonar el desaire con facilidad—. Será una buena oportunidad para conocer los medios de apoyo al trabajo de la organización.

Todos manifestaron su interés en estar presentes, así que el

doctor Hentschell quedó al cargo de que en la próxima reunión comparecieran allí.

A pesar de la redacción de su carta y de la abundancia de los méritos curriculares de los ponentes, transcurrió un mes hasta que la Sociedad Thule les dio cita.

Cinco son los dedos de la mano, inspiradores del sistema métrico digital. El pentágono regular genera el número áureo. Cinco son las líneas del pentagrama. La distancia del codo al extremo de la mano es un quinto de la altura de la persona. Cinco son los brazos de las estrellas de mar y el número de pétalos de infinidad de flores. Con el pentáculo, representaba la Iglesia en sus comienzos las cinco heridas de Cristo. El cinco. Tan simbólico número de individuos aunados frente al mostrador de la recepción del hotel Vier Jahreszeiten donde se reunía La Thule, confundió al portero, sin duda ajeno a la trascendencia de tan excelso guarismo. Se limitó a preguntar: «¿Quién va primero?». Y rellenaron un formulario exhaustivo de pormenores genealógicos, que puso a prueba la memoria de Hess y la inventiva de Duisburg.

En la entrada, Rudolf Freiherr von Sebottendorff —maestro supremo de la orden—, esperaba la contraseña y saludaba con porte elegante y semblante cálido a cada uno de los que asistían a la tertulia. Llevaba la esvástica con forma de rueda solar, símbolo de la sociedad. A su lado, el cerrajero Anton Drexler —que había rescatado el movimiento de extrema derecha en Baviera y fundado el Partido Obrero Alemán— y su bastión, Dietrich Eckart —partidario entusiasta de la existencia de una clase social inferior y escritor de éxito de temas nórdicos y místicos—. Parecían los leones de un pórtico. Se mantenían erguidos como juncos y extendían la mano con marcado énfasis, dejando ver también sus esvásticas. Ambas relucían, aunque la del cerrajero lo hacía menos por culpa de unas rayas.

—¿Quién era ese? —preguntó Duisburg.

—Dietrich Eckart. ¡Llevamos cuatro semanas hablando de él! Es una de las plumas de la Thule.

—¿Y qué más?

—¿Qué quieres, una ficha? Lo tenemos a un palmo —farfuleó con un susurro indescifrable.

—Lo que sepas...

—Estudió derecho pero lo dejó antes de la guerra, y desde entonces escribe con éxito. De hecho publica el periódico de la Sociedad, donde hace propaganda nacionalista. Rudolf suele ir acompañado de él. Por cierto, podías ser más discreto. Está al lado y se nota que hablamos de él.

—Está bien.

Duisburg recordó entonces cuanto habían hablado del tal Eckart; que era admirado por la creación de su propio periódico antisemita, lanzado a la calle con el nombre de *Völkischer Beobachter*, y que desde ese momento los adeptos a su ideología se habían multiplicado de manera exponencial; pero sus logros iban más allá. Acababa de descubrir a un joven llamado Adolf Hitler, que justamente deambulaba en aquel momento por el interior de la sala. Al parecer, el muchacho poseía un genio sin igual para la política callejera, y Eckart se había propuesto ser su mentor intelectual y hacer de él el nuevo dirigente carismático del incipiente partido obrero.

Duisburg buscó con la mirada entre el tumulto, en un vano intento de adivinar quién era esa joven promesa. Dentro, en el inmenso salón, varios corrillos de varones conversaban distendidamente. Nadie parecía reparar en quien se encontraba a su alrededor. Los cinco amigos se miraban entre sí sin saber muy bien qué hacer. Las pupilas se centraron en Hentschell. Él era quien los había introducido y quien conocía a uno de los dirigentes; luego era quien los tenía que adentrar en aquel barrizal.

—No entiendo nada —saltó Wegner con ímpetu—. ¿Para qué tanto requisito, examen y recomendación, si al final nadie ha reparado en nosotros? El honorable Sebottendorff nos ha salutado como a los demás. Ni siquiera una pregunta o un «nos ale-

gramos de su compañía». ¡Vamos, que aquí viene quien quiere! Me da que lo único que les importa es sumar adeptos.

—¡Deja de decir estupideces! —escupió Hentschell con una mirada que traslucía su furor.

—Mirad, ¿no es ese el ruso?

—¿Quién?

—Alfred Rosenberg. Creo que se licenció en arquitectura por la universidad de Moscú y, después de la revolución rusa, huyó y se refugió aquí, en Múnich.

—Me suena... —añadió Hess.

—¿Y qué más nos da ese tipo? —soltó Quandt sin remilgos.

De repente, alguien gritó: «¡Recuerda que eres alemán! ¡Protege la pureza de tu sangre!». Había sido Sebottendorff, al tiempo que alzaba una esvástica con su mano izquierda. Era el lema de aquel embrión antisemita. Todos los asistentes lo repitieron al unísono, como si de un perfecto eco se tratara, y en la enorme sala retumbó: «¡Recuerda que eres alemán! ¡Protege la pureza de tu sangre!». Cuando el tumulto se acalló, el líder prosiguió enardecido:

—Amigos míos, nuestros pasos van dejando huella. Podemos afirmar convencidos de ello que nuestro trabajo obtendrá resultados, ¡grandes resultados! Estamos en el principio de un largo recorrido que, con toda seguridad, nos va a deparar muchas satisfacciones. Desecharemos las ruinas de la pasada guerra con el concurso de los mejores. Con los alemanes de sangre, casta y raza. Erradicaremos la caótica falta de disciplina que impera en estos momentos y nos alzaremos al poder. Para ello el primer paso es estudiar sobre nosotros, conocernos, saber al dedillo nuestra historia, porque de ella aprenderemos aciertos y también muchos fallos que nos han llevado a dejar que otras razas inferiores, como los judíos, nos manejen. ¡Debemos prepararnos para levantar Alemania y la raza aria!»

Todos los allí reunidos comenzaron a gritar y a repetir una y otra vez: «¡Por Alemania!».

El caldo de cultivo estaba germinando.

Mientras, el hijo de Hess, el pequeño Erhard, crecía fuerte y sano y se graduaba en el *Maximilianum Gymnasium* como el número uno de su promoción. Cuando apenas había cumplido dieciséis años destacaba por un expediente brillante y una capacidad de análisis y raciocinio impropios de su edad. Sereno, romántico, educado en una visión equilibrada de la virtud y del éxito, jamás compartió los teoremas raciales de su padre, pero tuvo que asumirlos y fingir su acuerdo con desgana. Rehusó hacer el servicio militar obligatorio aprovechando una posibilidad formulada por el gobierno. Hess aceptó esta decisión con displicencia y, desde ese momento, todos sus esfuerzos fueron destinados a encauzar a su hijo hacia el régimen; pero no resultó tarea fácil. La política le quedaba un poco lejos. El muchacho estaba inmerso en las trastadas propias de su edad, que traían de calle a su madre, y en escarceos amorosos con las adolescentes del barrio, con las que tonteaba en compañía de algunos amigos del Maximilianum. Las seguían como caninos en época de celo e incluso se atrevían a robar algún beso consentido sin más interés que el de farolear su conquista delante de los demás.

—Erhard, ¿has leído la prensa?

—Padre, lo hago todos los días.

—Entonces habrás visto cómo está el país.

—Sí —respondió con sequedad.

—Esto no puede seguir así. La guerra nos ha dejado desnudos. Estamos en calzoncillos sucios y viejos, y pronto nos despojarán también de ellos... Parecemos enfermos de gripe, o de un molesto sarampión.

El chico no contestaba. Se limitaba a simular la lectura de sus notas mientras pensaba en la cerveza que había robado a su padre para regar las margaritas de su vecina, la señora Lora.

—O hacemos algo o Alemania no será lo mismo —prosiguió el padre—. Tenemos que salvaguardar nuestro país, fortalecernos y luchar por él. Son muchos los focos que están creciendo y debemos estar en ellos, conocerlos.

«Para colmo, los malditos polacos no dejan de incordiar con sus presiones religiosas. Le están comiendo terreno a Rusia y

parecen querer comenzar con Alemania. Stalin los odia. Hay que acabar con esto antes de que se nos vaya de las manos.

—Demasiada insensatez —musitó Erhard sin levantar la vista de sus notas.

—¡Pero qué tonterías dices! ¡Insensatez!, ¡insensatez! ¿Sólo se te ocurre decir eso? ¿Esta es la inquietud que te he transmitido?, ¿la sangre que te corre por dentro? ¿Me quieres explicar de dónde has sacado semejante templanza?

Hess estaba enrojeciendo de ira y, por segundos, su piel cobraba un color morado similar al de la gangrena.

—No dramatices, padre. No podemos hacer una sola cosa de las que has enumerado con el estado actual del país... Primero tenemos que reponernos, analizar los fallos cometidos y aprender de ellos. Ahora mismo somos débiles y tenemos demasiado rencor.

Sus palabras sonaban tan rebuscadas que la tez de Hess cobraba un tono negruzco.

—¡Dios! ¡Pareces un anciano! ¿Dónde demonios has aprendido a hablar así? ¿No sabes hacerlo como los jóvenes de tu edad? Estás en el momento de cambiar lo imposible o, al menos, de intentarlo. ¡Intentarlo! —repitió con un grito estridente que le recordó al aullido de aquel gato al que, años atrás, había propinado un bastonazo en el patio de la casa.

Palabras al margen, al chico no le faltaba razón. Desde que terminó la guerra, el país era un alma en pena que vagaba en busca de su antigua hegemonía. En las calles se padecía con penurias el maltrecho gobierno de la República de Weimar, incapaz de dar solución a los efectos de Versalles.

—Te voy a llevar conmigo a una de las reuniones en casa de Quandt, quiero que los conozcas.

—Ya los conozco. Hablas de ellos con frecuencia y leo todas las notas que tienes por la casa.

—¿¿Y??

—Sois muy utópicos y demasiado radicales.

El joven continuaba contrariando a su padre; pero al tiempo

daba muestras de ser mucho más maduro que la mayoría de los adultos.

—Tienes que vincularte con la ideología. Conocer a los tuyos —repitió el padre.

—Estoy vinculado, sólo que de una manera más racional. A mamá tampoco le convencen tus radicalismos. En realidad, no convencen a nadie.

—¡A tu madre déjala al margen! ¡Éstas no son cosas de mujeres! —replicó con exasperación—. Ella no debe estar al corriente de todo esto. No quiero que sufra en modo alguno. Y mucho menos que tenga conocimiento de tus tonterías. Si en algo cree ella, ante todo, es en Alemania. Tus reticencias la podrían desmoronar, por no hablar de la decepción que puede sentir al constatar que ha criado a un hijo que no se involucra en el destino de su país.

Bastaron unas cuantas sesiones para que, al final, el joven Erhard claudicase a los deseos de su progenitor. En cuanto terminó sus estudios, se incorporó como simple soldado al XI Regimiento de Infantería Bávaro. Allí coincidió con «el Zorro», como él mismo se definía.

Era un muchacho tres años mayor que él, llamado Heinrich Himmler. Poseía algo extraño que atraía y, al mismo tiempo, producía rechazo. Quizás era su piel lechosa, su mirada penetrante o esa mueca permanente entre la amargura y la satisfacción. Tenía el rostro ancho y ovalado, y llevaba afeitados ambos lados de la cabeza y el cogote con la intención de alargar ligeramente la cara. Era serio, puritano y buen creyente, en lucha constante con su fe. Su familia era católica y su padre odiaba su obcecación por ser oficial de mando; pese a lo cual se había alistado en los Freikorps Landshut y en la compañía de reserva de Oberland con la esperanza de ir a la guerra. Ahí fue donde se conformaron las ideas, hasta entonces latentes, del joven Himmler. Antes de eso había sido un buen chico, educado, e

incluso en contacto con sus vecinos judíos. Ahora odiaba a la raza en general y sólo pensaba en cómo acabar con ellos para librar a Alemania del capitalismo usurero al que entendía que habían sometido al país.

Algo cambió en Erhard cuando le conoció. En la primavera de 1919, casi al mismo tiempo en el que su padre asistía entusiasmado a su primera reunión de la Thule, él ingresó en la Infantería. Lo encontró allí. Sentado. Limpiando sus botas. Curvó una ceja y levantó la mirada del trapo. Apenas le dirigió un escueto «buenos días» y continuó frotando con el mismo empeño el cuero mugriento del calzado. Erhard vaciló y, por fin, le preguntó acerca del funcionamiento del lugar. Bastó esa simple excusa para que aquella cara de pocos amigos le explicase las reglas y le pusiese al corriente de sus pensamientos. Erhard escuchaba atónito. Apenas hacía unos minutos que se había topado con él y se encontraba enzarzado en una prolija discusión de valores y principios. Himmler defendía con furia sus ideales de raza aria, al mismo tiempo que rezaba a un dios al que juraba amar y obedecer hasta el fin de sus días. Se convertía así en el protagonista de una confrontación entre dos devociones que jamás tendrían conciliación.

Erhard sintió una especie de repulsa hacia ese ser vehemente, que lo había abrumado con sus juicios y reivindicaciones raciales; pero en el regimiento les tocó compartir tareas y, pese a los tres años que el iracundo Himmler adelantaba a Erhard, terminaron congeniando. Le fascinaban sus aptitudes naturales de héroe guerrero y ese afán de ser oficial; de luchar. Charlaron, rieron y debatieron sobre la situación del país, las consecuencias de una guerra mundial todavía muy reciente y la frustración de sentir la decadencia de la gran Alemania. Se hicieron amigos y, poco a poco, esas ideas hasta entonces tan lejanas se fueron adueñando del nuevo Erhard. De pronto, se dio cuenta de que ese imperio alemán del que le había hablado su padre, existía; que estaba ahí, latente, esperando ser resucitado.